

**¡Felices los
que trabajan
por la Paz!**

XVII Tiempo Ordinario – Ciclo A

1 Reyes 3, 5. 7-12
Salmo 118
Romanos 8, 28-30
Mateo 13, 44-52

La paz, un tesoro que vale la pena conseguir

“¿Entienden bien todo esto?” Es la pregunta del Señor en el Evangelio de este domingo. Podemos comenzar entonces nuestra reflexión con el interrogante de Jesús, quien acostumbra en los relatos bíblicos a suscitar consideraciones profundas antes de responder. Fijémonos primero en los interlocutores: por la forma en que termina el texto de Mateo podemos ver que se trata de los escribas, es decir, de personas que en el contexto judío de la época eran las encargadas de la interpretación y la enseñanza de las Escrituras.

Notemos ahora lo que está implicado aquí. En primer lugar, los sabios de la ley tenían la posibilidad de “no comprender” o de “comprender mal” el Reino de Dios. Entonces ¿Qué derecho tenemos de creernos en posesión de un conocimiento definitivo de Dios? En segundo lugar, incluso cuando creemos tener ideas muy claras sobre el Reino de Dios es preciso mantener la expectativa de que el amor sorprenda nuestro entendimiento. Como aprendemos con Salomón, **los caminos de Dios no se disciernen solo con una mente brillante, sino que exigen un “corazón sabio e inteligente”**. Ante el inagotable amor de Dios, lo primero es pedir que comprendamos bien su misterio.

¿Qué asuntos debemos comprender desde nuestra fe para poder responder la pregunta de Jesús? Debemos considerar tres elementos importantes: saber, sentir y hacer. Se ha de educar en las ideas, el corazón y las obras; de modo que, como afirma el papa Francisco, **aprendamos “a pensar lo que se siente y se hace, a sentir lo que se piensa y se hace, a hacer lo que se piensa y se siente”**¹.

¿Realmente habría comprendido aquel comerciante del evangelio el valor de su perla si no hubiera hecho nada para adquirirla y se hubiese contentado con admirar esa maravilla? ¿Realmente habría comprendido aquel hombre la magnitud de su fortuna cuando halló el tesoro si no hubiese vendido todo “lleno de alegría” sin resentirse por no acumular más?



¡Felices los que trabajan por la Paz!

Comprender bien el reino implica, según lo dicho, poner en sintonía nuestros pensamientos, sentimientos y acciones en nuestras relaciones cotidianas. Así podremos descubrir esa sabiduría de la que habla san Pablo cuando dice “sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien”, para hacer el bien con una sabiduría como que pedía Salomón.

Preguntémonos de nuevo ¿hemos entendido bien el mensaje de Jesús? ¿entendemos realmente el mandamiento del amor si no lo ponemos en práctica? ¿lo entendemos realmente si la práctica de la caridad no nos hace felices y humildes?

Lo dicho sobre el comprender de la fe se aplica a la construcción de la paz. ¿Realmente hemos comprendido bien lo que está en juego? ¿podemos ver la paz como la perla o el tesoro por el que vale la pena darlo todo? ¿es ella como la red que trae bendiciones para quienes han sufrido daño y también para quienes lo han producido? ¿asumiremos los compromisos que implica la construcción de la paz como el comerciante del Evangelio? ¿o seremos espectadores extraños a ella?

Como sucede al comerciante del que habla el Evangelio, la perla de la paz llega como el don más valioso, pero implica un compromiso personal de todos los ciudadanos y ciudadanas para poder tenerla. Hoy sabemos que construir la paz no es un proyecto fácil, sobre todo cuando llevamos tanto tiempo acostumbrados a hacer la guerra y a reproducir la violencia. No es fácil reconocer el tesoro que la paz representa. Por ello, como aprendemos de Salomón, **es preciso reconocer nuestras limitaciones —odios, venganzas, dolores, desesperanza, desconfianza— y pedir la capacidad de discernir los caminos que nos conducen a ella.**

Como pueblo que dice ser cristiano, debemos descubrir en todas las cosas la posibilidad de hacer el bien; ante las dificultades, la posibilidad de continuar; en cada brote de violencia, un escenario nuevo para convivir en paz. **La paz es un don de Dios, es la perla preciosa que encontramos. Es el tesoro que descubrimos en el campo, un tesoro que no podemos hacer nuestro si no asumimos el compromiso de “vender” todo aquello que nos impide construirla.**

